

El lenguaje entendido como un instinto heredado

Juan Manuel Igea Aznar*

PINKER, STEVEN (2012): *El instinto del lenguaje*. Madrid: Alianza Editorial; 568 pp. ISBN: 978-84-206-7192-5. Precio: 26,55 EUR. Traducción al español de José Manuel Igoa González.



Muchos lectores considerarán inapropiado recomendar hoy una reedición del año 2012 de un libro publicado en el lejano año 1994. Un cambio de siglo y más de veinte años nos separan del nacimiento del libro, una eternidad para una obra versada en un tema científico. Por eso déjeme apelar a su confianza y piense que si me atrevo a recomendarle una obra de «edad tan avanzada» es por mi convencimiento de que su interés y vigencia superan con diferencia esta aparente desventaja. Estamos ante una obra con un enfoque, una base científica y una argumentación tales que hacen a esta obra imprescindible para cualquiera mínimamente interesado en el lenguaje. Por eso ningún lector habitual de esta revista debería omitir su lectura, y lo que sigue tratará de convencerle de ello.

Quizás el principal atractivo del libro es que aborda un tema tan complejo y polifacético como el del lenguaje de una forma rigurosa y exhaustiva pero a la vez sencilla e integradora: considera el lenguaje un instinto complejo entendido como una adaptación evolutiva de la especie humana, un mecanismo biológico heredado de los progenitores y que dota a cada individuo de la capacidad de aprenderlo de su entorno en los primeros años de vida y de desarrollarlo después como una herramienta de conocimiento y de comunicación. Por supuesto, la idea es solo una hipótesis que se sigue evaluando y revisando actualmente, pero su enfoque es a la vez enriquecedor y provocador.

Su autor, Steven Pinker (1954-), es un psicólogo experimental canadiense de la Universidad de Harvard especializado en el lenguaje que escribió el primer borrador de su *El instinto del lenguaje* en tan solo un verano, espoleado por su interés por la buena escritura y por los manuales de estilo. Su intención era responder a las preguntas directas y fundamentales con las que siempre nos sorprenden las personas legas en cualquier materia, en este caso: ¿cómo construimos las palabras y las frases?, ¿cómo entendemos lo que nos dicen los demás?, ¿cómo aprenden a hablar los niños con tanta facilidad y por qué después de esa etapa es tan difícil aprender un nuevo idioma?, ¿existe una gramática universal subyacente a las casi 6000 lenguas que existen?, ¿qué diferencias hay entre nuestro lenguaje y el de los animales? Y quizás la pregunta más trascendente: ¿piensa el *Homo sapiens* con palabras o con algún otro tipo de lenguaje neuronal universal que luego traduce a su idioma para comunicarse con otros?

Como podemos ver, el planteamiento es ambicioso pero el autor consigue cumplir sus objetivos plenamente a través de un texto completo, muy bien argumentado, ágil y de fácil lectura.

El libro comienza con un emocionante capítulo introductorio donde Pinker nos explica que su libro va a tratar de la capacidad innata del *Homo sapiens* de aprender, hablar y entender el lenguaje, una habilidad peculiar en la naturaleza que no es un logro cultural del hombre sino un mecanismo biológico, una especie de «módulo» neuronal que se ha ido moldeando a lo largo de la evolución. Los inductores del desarrollo de este módulo son las mismas presiones que han recibido otros instintos y características morfológicas y funcionales del hombre y de los demás animales y que están destinados a su supervivencia. Admite aquí la enorme influencia de Noam Chomsky en sus ideas y en la visión actual y nueva que hoy tenemos del lenguaje, pero deja claras sus diferencias de criterio con él.

A continuación el autor defiende la teoría de que el cerebro no piensa con palabras sino con un lenguaje cerebral llamado *mentales* al que tiene que traducir las palabras que escucha y que debe ser traducido a su vez en palabras para ser

* Clínica Alergoasma, Salamanca (España). Dirección para correspondencia: igea@alergoasma.es.

entendido por otros. El *mentalés*, dice Pinker, debe ser un tipo de lenguaje parecido a todas las lenguas, probablemente más sencillo en algunos aspectos y más complejo en otros. Por eso no es lo mismo lenguaje que pensamiento, y por lo tanto no existe el determinismo lingüístico, y el autor nos cita numerosos experimentos realizados en animales y en niños que aún no han aprendido a hablar en apoyo de su tesis. El cerebro sería una «máquina de Alan Turing», que utiliza representaciones simbólicas internas, una especie de procesador complejo que utiliza representaciones clasificadas en clases. Se podrá o no estar de acuerdo con esta idea polémica, pero la lectura del capítulo es muy enriquecedora y provocadora.

Los siguientes capítulos tratan de explicar cómo funciona el lenguaje, cómo este instinto es capaz de comunicar un número infinito de descripciones e ideas a partir de un número finito de elementos. La explicación es que, a diferencia de otros sistemas complejos que funcionan por medio de la adición y fusión de sus elementos, el lenguaje es un sistema combinatorio discreto, que combinando letras y palabras puede generar combinaciones nuevas y casi infinitas, lo que se denomina «gramática generativa». Esta gramática tiene unas reglas fijas para realizar estas combinaciones, necesarias para que el hablante y el oyente puedan entender el significado. Así, todas las lenguas del mundo tienen una estructura común modular formada a modo de un árbol de sintagmas —nominales, verbales, preposicionales, adjetivales y adverbiales— a partir de la cual se montan oraciones. Los sintagmas tienen además un núcleo que puede contar con modificadores y especificadores, y el orden en que se coloquen variará en cada lengua, pero la estructura básica es común a todas ellas. Y una estructura y unas reglas muy similares existen en las palabras que forman esos sintagmas.

Geniales y didácticos los comportamientos humanos que Pinker atribuye a las palabras: los actores protagonistas y déspotas que son los verbos en la oración, pero el papel fundamental de los actores secundarios —artículos, pronombres, preposiciones sin significado y conjunciones—, que son los que realmente constituyen el andamiaje en que encajan los sintagmas. Los protagonistas cambian con las modas y los acontecimientos culturales de los pueblos pero los secundarios permanecen a lo largo de los siglos. El lenguaje evoluciona constantemente en cada entorno cultural y geográfico y acumula muchas excepciones a las reglas generales, que permanecen en el lenguaje a modo de «fósiles». Estas reglas simplemente se memorizan, pero a menudo las personas intuyen sus reglas de formación y pueden emplearlas para formar nuevas palabras. Y nos trae aquí Pinker una frase genial de Marguerite Yourcenar en torno a la aparente arbitrariedad del lenguaje: «La gramática, con su mezcla de reglamentación lógica y uso arbitrario, proporciona a las mentes jóvenes un anticipo de lo que más tarde les ofrecerán el derecho, la ética y otras ciencias y sistemas de la conducta humana a través de los cuales el hombre ha codificado su experiencia instintiva» (*Memorias de Adriano*, 1951).

Capítulos fisiológicos adicionales nos explican cómo producimos los sonidos del habla y cómo los interpreta nuestro cerebro. El sonido que se produce en la laringe es rico

en armónicos y después resuena en la nasofaringe de forma diferente en función de la posición de sus elementos, de este modo se producen las diferentes vocales; y, si interrumpimos brevemente el paso del aire en esa misma nasofaringe, se producen las consonantes. Pero el habla que producimos de esta manera es una cadena de sonidos sin solución de continuidad en la que ni siquiera suenan realmente todos los fonemas, lo que no impide que nuestro cerebro analice ese tipo de sonido y separe sus componentes, llene los huecos, compare el resultado con nuestro diccionario mental y atribuya a todo ello un significado. En esta compleja actividad participa también la expectativa del oyente sobre lo que cree que va a oír pero manteniendo su criterio abierto. Pinker se explaya en este complicado proceso y nos explica por qué es tan difícil diseñar buenos sistemas informáticos de reconocimiento de voces de hablantes distintos.

El capítulo titulado «La torre de Babel» trata de relacionar las alrededor de 6000 lenguas que existen en el mundo y de buscar las reglas universales que subyacen a todas, a la vez que especula sobre el motivo de tal diversidad en la expresión de un instinto humano básico que debería ser unificador. Sea cual sea ese motivo, Pinker cree que la causa es el proceso de selección natural, y que por su forma de operar crea y extingue continuamente tanto especies de seres vivos como lenguas y provoca la desaparición de unos y otras.

El libro acaba con varios capítulos dedicados a aspectos tan importantes del lenguaje como las etapas por las que el niño pasa para aprenderlo, una reflexiva explicación de cómo encajar la aparición del lenguaje en el contexto de la teoría darwiniana de la selección de las especies y el complejo sustrato neurológico del lenguaje, así como un provocador capítulo dedicado a los «expertos» —así, entre comillas— del lenguaje, entre los que muy bien podríamos incluirnos a nosotros mismos, los lectores habituales de *Panace@*. Pinker describe y critica duramente a las diferentes clases de personas que se atribuyen la capacidad de criticar la forma instintiva y natural del ser humano de comunicarse y de prescribir reglas para modificarla. Sí reconoce la necesidad de modificar aspectos concretos del modo de expresarse de las personas, pero siempre desde el conocimiento científico del funcionamiento natural del lenguaje y de la mente humana que lo genera, y menos desde un afán normalizador. Para el autor, el aspecto más necesitado de guía y cambio del lenguaje es el de su variedad escrita, un sistema artificial que carece además del rico contexto del lenguaje hablado.

El libro cuenta además con gran cantidad de material adicional en forma de notas, un glosario, una abundante bibliografía, un índice analítico y onomástico y notas muy interesantes sobre el autor y el libro, así como lecturas adicionales sugeridas por el propio autor.

También debo poner de manifiesto aquí el excelente trabajo de traducción del experto en psicolingüística y psicología cognitiva de la Universidad Autónoma de Madrid José Manuel Igoa González, labor que no se ha limitado a traducir al español un texto complejo y especializado, sino que ha también contribuido a adaptar a la realidad del hispanohablante numerosas descripciones y ejemplos destinadas originalmente

a un público anglosajón. Sin duda, la calidad de su trabajo es un reflejo de su especialización profesional en el campo del lenguaje y de su experiencia como traductor en obras similares, como *La modularidad de la mente* (Jerry Fodor) y *El mamífero articulado* (Jean Aitchison).

Si algún lector se siente tentado a pensar que con esta prolija reseña ya no le hace falta leer el libro, le diré que lo que aquí les he mostrado es solo el mundo esqueleto de una trama ricamente hilvanada y documentada, que además abordará otros muchos temas, como la cronología del desarrollo del lenguaje, el lenguaje de los signos, el baluceo, el ritmo de aprendizaje del vocabulario, el lenguaje criollo, la evolución histórica del inglés, características intrínsecas del chino, el japonés o el español, entre otros, y una enorme variedad de descripciones y reflexiones en torno al mundo del lenguaje.

En conclusión, si no ha leído aún este libro y le interesa de verdad el lenguaje, no pierda tiempo y hágase con un

ejemplar, que devorará sin duda con entusiasmo. Y acabo con un guiño del autor hacia los que nos dedicamos a confeccionar diccionarios. Pinker, casi al principio del libro, recoge la entrada correspondiente al término «lexicógrafo» del la obra *A Dictionary of the English Language* (1755) del genial erudito y a su vez lexicógrafo Samuel Johnson: «Esclavo inofensivo que ocupa su tiempo en desvelar los orígenes de las palabras y detallar su significado»¹. Sin duda, un cálido abrazo de aliento lleno de ironía hacia nosotros, abnegados y pacientes lexicógrafos, de la mano de dos genios de épocas dispares pero unidos por su devoción a las palabras. Mi agradecimiento.

Nota

1. En realidad la definición exacta de Johnson es: «Un escritor de diccionarios; un esclavo inofensivo».

